

SERMON PANEGÍRICO

PARA LA

FESTIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA DE LORETO

SOBRE

LA VIGILANCIA DE LA PROVIDENCIA PARA PROTEGER LA RELIGION.

Ne dicas coram angelo: Non est Providentia.

No digas delante del ángel: «No hay Providencia.»

(Eccles., cap. v, vers. 5.)

¡ Invisible arador, que habitas como en un palacio en la obra mas bella de la creacion visible! Tú que insensiblemente corroes este cuerpo humano, tan altivo y orgulloso; tú que vives con su savia como brizna parásita pegada á las hendeduras del cedro secular, y esperas el momento de la inanimacion de este coloso para saciarte en él y destruir sus bellas formas; tú que bajas al sepulcro humano y lo habitas junto con el hombre en cuyos poros has nacido y te has conservado, ¿habrá para tí alguna ley de la Providencia? Aquel Sér omnipotente que habita en alcázar tachonado de estrellas y en trono de querubines, entre nubes de incienso que le ofrecen mil y mil ángeles en pebetes de oro, y entre las melodías de serafines sin número, ¿se dignará acaso dirigir una sola mirada al más vil, al más despreciable, al más imperceptible de los séres? ¡Ah, sí! El leon atronador de los desiertos con sus rugidos, el cetáceo que con su inmensa mole llena las profundas lobregueces del Océano, el condor que con sus horrendas garras lleva á la cima

de los altos Andes al becerro cual ligera pluma, no son ménos dignos de la proteccion de la Providencia que la sencilla liebre, el pececillo del arroyuelo, el ruiseñor de los valles, y el más pequeño reptil. Dios los crió á todos, Dios les dió sus instintos, Dios los conserva. *Ne dicas coram angelo: Non est Providentia.*

Así es, católicos: Dios, cuya inmensidad ocupa los cielos y la tierra, cuida con su Providencia á todos los seres que existen en el espacio, sin que se escapen de su vista conservadora, no sólo el ángel, el hombre y el bruto, sino hasta las plantas, los elementos y cuanto existe en ellos. Y si con próspera mano cuida Dios de sus criaturas, ¿cuánto mayor será su Providencia para conservar lo que es suyo ó lo que está en inmediata relacion con la naturaleza divina? ¿Con qué cuidado tan singular no velará por su Religion y adoracion en la tierra, para que ésta se conserve en el seno de los pueblos que la han recibido, ó se traslade á otros que la acepten cuando algunas naciones la menosprecian?

En nada resplandece esta providencia universal tanto como en la conservacion de su fé en la tierra; porque en la conservacion del mundo material Dios no tiene obstáculo alguno: el mar está contenido en sus diques, la tierra gira sobre sus polos, el cielo y sus astros siguen la marcha que Dios les prefijára, las especies de los animales obedecen sus instintos, y toda la naturaleza, ó descansa ó se mueve con la imperiosa ley de la necesidad. Pero no sucede otro tanto con el sostenimiento de la Religion, pues como ésta impera al entendimiento y voluntad humanos, como sujeta á aquél al imperio de la Revelacion, y ésta ve condenadas sus demasías por la ley divina, Dios se ve obligado á emplear muchas veces medios extraordinarios para conservarla en la tierra, por oponerse á ella sin cesar la mentira, el error y las voluntades perversas.

No es necesario, señores, referir la historia de la Sinagoga ó del imperio romano, erigidos en perseguidores de la fé, para comprobacion de esta verdad; un hecho, al parecer insignificante si se considera aislado, pero grande y extraordinario por sus circunstancias, lo demuestra hasta la última evidencia, y es la traslacion de la Santa Casa de Loreto. Ya que lo he nombrado como el objeto principal de esta solemnidad y de mi discurso, voy á manifestaros cuanto mi débil vista puede descubrir en él. No mencionaré de él lo grande y portentoso, y sólo notaré lo que tiene de Providencia; se descubre, pues, en esta Traslacion la singular providencia de Dios con que vela por su Religion y cuanto la pertenece. Ved, amados míos, mi asunto, para cuya explanacion debo invocar en union vuestra las luces del Espíritu Divino, que visitó esta Santa Casa y moró en ella, prévia aquella solemne embajada en que de orden suya un arcángel dirigió á María las palabras con que todos la saludamos.

AVE MARÍA.

Parece á primera vista una paradoja el pensar que Dios encuentra valladares en sus caminos, y que haya quien se oponga á sus planes y se empeñe en destruirlos, porque las primeras nociones que la razon humana tiene de la Divinidad, son que Dios es Omnipotente, y que su voluntad es irresistible. Además, las primeras pinceladas con que la historia divina nos pinta las acciones del Criador, realzan tan altamente el poder del Sér Supremo, que apenas puede originarse ni una leve sombra de duda de su Omnipotencia. El mundo actual era un inmenso vacío: dijo Dios una palabra, y aparecieron los cielos y la tierra; estaba ésta envuelta en un horrible caos, habló Dios, y se bañó de luz; no habia en su superficie sino

riscos y arenales, habla Dios, y se ve matizada de verdes praderas, amenizada de gigantescos árboles, bañada por el Océano, surcada por mil rios, habitada por un prodigioso número de animales, y, en fin, dominada y señoreada por el hombre. ¡Qué acción creadora tan instantánea en sus efectos, tan extensa en sus resultados! ¡Qué fuerza tan inmensa! El cielo con sus innumerables astros, los elementos, la naturaleza animal, las especies, los instintos, cuanto se mueve, cuanto respira, no tiene otro origen que la nada, ni otra causa eficiente que un *hágase* del Criador.

Pero, señores, internémonos en la serie de todas las cosas, y examinemos las tendencias del Rey de la creación, y hemos de ver en Él cosas estupendas. ¿No veis con qué prontitud el mar que cubria la superficie de la tierra se ha recogido en su seno y reconocido sus límites en las arenas que Dios le ha demarcado? Pues bien; era el tercer día del mundo: cuatro días después descansaba ya Dios de todas sus obras; modulábanle los astros cánticos de gloria, alegrábanse todas las criaturas, y cuando en la más completa armonía todo el orbe obedecía á su Criador, se dejó oír una voz altiva que interrumpió estos acordes con un grito de rebelión. ¿Quién era, amados míos, este rebelde? El más querido de los seres, el más favorecido del cielo, el hijo predilecto de Dios, el hombre. ¿Qué complaciente fué el hombre con Dios al verse tan hermoso, al hallar junto á sí una compañera, al oír el susurro de los rios del paraíso, al herir sus oídos los trinos de las aves, al ver á sus plantas al león fiero, al elefante colosal, al ver, por fin, que él era el Rey de este mundo visible? Pero apenas le dice Dios: «Adórame, pues te he criado; yo no quiero de tí sino tu corazón; obedéceme, come de todas las frutas de la tierra, porque son tuyas, excepto del árbol de la ciencia del bien y del mal;» apenas, repito, habla Dios, el hombre se le-

vanta contra Él, y le declara la guerra con una oposición terrible y maliciosa.

Ya veis, señores, que cuando por primera vez habló Dios al hombre, quedó bien desairado por éste; no fué más feliz el resultado ulterior de sus órdenes. Cuando con mano poderosa saca de Egipto á seiscientos mil israelitas, lo reconocen y adoran; cuando divide los mares, cuando los salva de los peligros, cuando les dá carnes y alimentos, y apenas les prescribe mandatos, toda aquella muchedumbre, excepto cuatro ó seis hombres, es rebelde y obstinada. Seguramente si Dios tuviese otra regla niveladora de sus acciones que la misericordia y la justicia, yo no sé lo que hubiera sido del hombre, porque él por su parte no ha merecido sino castigos. Demos un paso más.

Contaba el mundo cuatro mil años, época grande en la historia humana, en que se realizaba la promesa del Paraíso; la humanidad espera la aparición del gran personaje que, oriundo del cielo, tenía que visitar la tierra; está tan persuadida de esto, que la nación entera de cuya estirpe y en cuyo suelo ha de nacer, al oír que un Profeta la recorre, le envía una embajada solemne, diciéndole: «¿Tú quién eres? ¿Eres Cristo, el esperado del mundo?» «Yo no soy el ungido, responde el Bautista; ni soy Elías, ni Jeremías, ni Profeta alguno; soy el que prepara los caminos del Rey del cielo; ya nació, lo teneis en medio de vosotros. ¡Oh qué grande es, qué sublime! Yo no merezco ni áun desatar el cordón de sus sandalias; Él os bautizará en Espíritu Santo.» En efecto: aparece este príncipe celestial; es Dios, que se hizo hombre para descubrirnos su gloria y habitar entre nosotros. No mirareis en él ni aquel entusiasmo ni aquellos preliminares que acompañaban á los Profetas cuando querían hacer algun portento ó anunciar algun gran evento; tan natural como nos es á nosotros el respirar, era á Jesús hacer milagros

y describir el porvenir; era su sér, era su carácter, eran sus modales, lo que se descubria en cuanto Jesus obraba; y así como al hijo del Rey le es como natural el ser afable y comedido, como que estos son los modales de los palacios, así le era á Jesus el obrar prodigios, como que los modales del Príncipe celestial eran nada ménos que la omnipotencia, la infinidad, la omnisciencia; en fin, los atributos todos de Dios.

Sabe, pues, el pueblo de los Profetas que ya vive entre ellos este Príncipe, pues se lo han avisado por la profecía; lo vé con sus propios ojos, lo palpa en la multiplicacion de los panes, en la resurreccion de los muertos y en los demás portentos. Cuando es el momento de los favores, lo bendicen y lo aclaman por su Cristo y Mesías; y apenas les manda observar la ley, no ser avaros, no oprimir á la viuda, no chupar la sangre del pobre, la sangre les hierva, y atrevidos y obstinados, «Tú no eres, le dicen, el enviado de Dios; tú eres un blasfemo, tú un enemigo de Dios, tú un endemoniado, que tienes pacto con Lucifer.» ¡Cuán perverso es el hombre, señores! ¡Cómo se opone á las obras de Dios y le presenta obstáculos!

Pues bien; Dios regula sus obras segun su misericordia y su justicia, y para armonizar sus obras con las nuestras, no queriendo que seamos esclavos ni del bien ni del mal, sino que libremente obremos el uno ó el otro, para que tengamos mérito de justicia al cielo si observamos su ley, ayudados y prevenidos de la gracia, tiene que echar mano de su providencia para, sin necesitar ó encadenar las voluntades humanas, conservar en la tierra su Religion y su fé, á que nos oponemos sin cesar.

Vedlo; la Santa Casa de Loreto es nada ménos que el pobre hogar donde el Verbo se hizo hombre, y donde vivió treinta años. Que Dios hiciese el portento de elevarla en alas de ángeles y llevarla por los aires al través de mares y desiertos, hé aquí el prodigio; mas ¿por qué hizo

Dios esta manifestacion de su poder? Hé aquí lo providencial, en que se describe la oposicion que tienen las cosas de Dios entre los hombres por una parte, y lo poco que valen nuestras fuerzas por otra.

Son tantas las circunstancias que tuvo la época en que Dios hizo esta obra maravillosa, que no caben en los límites de un discurso, y de ellas sólo referiré las principales. Era el año de 1294, época triste y memorable por los infortunios del Cristianismo; no haria aún dos siglos que un santo ermitaño de la Siria, conmovido por las profanaciones de los Santos Lugares y compadecido de las vejaciones que sufrían los hijos de la Cruz dispersos entre los islamitas, penetrara en el centro de las naciones católicas, y á su voz quedaron éstas conmovidas; fué como una especie de santo furor aquella empresa de las cruzadas; los Emperadores, los Reyes, los Obispos, los nobles de todos los pueblos, tenían en más llevar en sus vestidos la cruz roja que las insignias de su dignidad; á tan heróico ejemplo no hay que extrañar que se siguiese una cruzada general, compuesta de hombres de todas las naciones. Su objeto es uno; el de salvar de la dominacion sacrilega los lugares santificados por las huellas del Salvador. ¿Quién ha visto jamás soldados más contritos ni hombres más fervorosos? Toda la Palestina y la Siria caen bajo su fuerza; el pabellon de la Cruz se pasea glorioso por la tierra de promision, junto con las banderas de Francia, Inglaterra, Alemania y otras naciones; seiscientos mil infantes y cien mil caballos del ejército cristiano toman por fuerza la ciudad imperial de los sultanes, y conquistan á Jerusalem con todas sus comarcas, eligiendo Reyes que con su cetro conserven este nuevo dominio, como un patrimonio de Dios.

¡Cuántas hazañas gloriosas, amados míos! Un imperio pagano destruido, y fundado otro cristiano sobre sus ruinas; el sepulcro del Salvador rescatado; mil y mil

cristianos libres de las cadenas; tomadas cuarenta y una ciudades, y más de doscientas villas y aldeas, y dominado medio Oriente. ¿Creeis, sin embargo, que estas glorias de la Religion fueron duraderas? ¡Qué dolor! Dos millones de cruzados muertos en los viajes y peleas; tomada Antioquía por Benodosdar, matando diez y siete mil cristianos y vendiendo como esclavos á cien mil; entregado el templo y palacio de Jerusalem por un Emperador cristiano á un sultan; tomada ésta enteramente al fin, junto con Tiro, Sidon, Beirut y San Juan de Acre; el mejor Rey de Francia hecho una vez prisionero, y al fin muerto en las playas agarenas; borrado por fin el nombre y dominacion cristianos en la Siria. Tanta catástrofe, tanta desgracia, ¿quién creeis que la causó? La humildad y caridad cristianas habian engendrado héroes, y dado á la Religion Santos y victorias, y la disension de los príncipes, y la torpe ambicion, la cruel discordia, convirtieron todas estas alegrías en llanto y duelo. Y hé aquí el sepulcro conculcado de nuevo por la raza agarena, la cuna del Salvador profanada, y su hogar de Nazaret expuesto á la sacrílega contaminacion de los hijos de la Egira.

Palpable y clara está la malicia humana y su obstinacion á los designios de la Providencia. Quería Dios que el lugar santo fuese patrimonio, no del impío, sino del fiel; no bien un califa impide al hijo de la Cruz la entrada en la iglesia de Santa Elena, cuando suscita el fervor de un cristiano, enardece el corazon de los guerreros, se insinúa en el corazon de los potentados, y no se da un solo paso que no lleve el sello de la victoria. A tamañas ventajas para la Religion y la humanidad, ésta opone toda su fuerza, destruyendo las pasiones en un dia lo que habia formado la Religion en muchos años, á fuerza de sudores y sacrificios tan piadosos como heróicos.

Sin embargo, amados míos, ¿podia esto anular los designios de la Providencia? Dios habia anunciado por

Isaías que su tumba sería siempre gloriosa; habia dicho tambien por el mismo Profeta que habia de glorificar la casa y habitacion de Su Majestad: celoso de su honor, habia afirmado por el mismo que jamás cederia á otro la gloria que era suya. Por muchos esfuerzos que hiciese la malicia humana, jamás podria desvirtuar estas palabras de Dios. ¿Cuál era, pues, la casa de la majestad de Dios, sino el humilde predio de Nazaret? Allí fué la reconciliacion de Dios con el mundo; allí se negoció con la humanidad su rescate y engrandecimiento; allí mil vagidos infantiles, innumerables aspiraciones divinas, incomparables ejercicios de mansedumbre, humildad y pobreza, que por casi treinta años practicára el Verbo encarnado, habian hecho de esta casa una cosa divina; divino era el suelo en que ponía sus plantas, divino el terrazo, divinas las paredes, divinos los pobres utensilios; Dios, por tanto, no habia de permitir que en tan santa habitacion resonasen otros ecos que los del culto cristiano, ni entrasen en su reino sino hombres puros. Así, señores, en el mismo año que se retiran vencidos los últimos soldados de la Cruz de estos Santos Lugares, Dios manda á sus ángeles que trasladen esta casa santificada al suelo dichoso que la posee. Poco importa el milagro; pero vale infinito para nuestra instruccion lo que encierra de grande y providencial el hecho.

Retirábanse al propio tiempo de la Siria los guerreros que en esta santa casa habian hecho homenaje de su yelmo y espada; ellos mismos, al verla en Loreto, no podian ménos de reconocerla, de adorar aquel lugar santo, y postrados en él, llorar sus extravíos, confesando que Dios edificaba lo que ellos habian destruido; que su orgullo y ambicion no les habian permitido conservar lo que les diera la humildad cristiana, y Dios proveia á las necesidades de su Religion, sin tener que atenerse á los esfuerzos de los creyentes, y dejándolos en plena libertad de obrar.